

## HISTORIA DEL BANDIDO JUAN SERRA (a) LA PERA.

### I.

El dia 30 de diciembre del año 1809, una partida de tropa al mando del sargento D. Francisco Rosell, entró en el pueblo del Pla, en donde debía tomar un descanso de algunas horas. Los soldados fueron alojados entre tres ó cuatro casas, mientras el sargento cumplía algunos encargos del servicio. Pasadas algunas horas, estando ya formados los soldados para ponerse otra vez en marcha, se presentó una mujer, y dió parte al sargento de que los soldados le habían robado una gorra (barratina). El sargento exhortó á los soldados diciéndoles que devolviesen aquella prenda á la mujer, pues de lo contrario sería castigado el ladron. Pero la tal prenda no pareció; como la mujer insistía, y el sargento era celoso observador de la disciplina, comenzó un registro entre los soldados, cuyo resultado fué hallar la prenda robada en poder del soldado Juan Serra. Afeóle el hecho y le reprendió pero con bastante moderación, atendido el rigor militar. En seguida emprendieron la marcha. Es de advertir que Juan Serra y algunos otros soldados de la partida, eran procedentes de la última quinta que se había hecho, así es, que aun no tenían fusiles. Ya puestos en camino y á una hora de la población, Serra se brindó con otro soldado amigo á llevarle el fusil. Este se lo entregó sin el menor recelo, y apenas lo tuvo, apuntó y disparó contra el desgraciado sargento Rosell, con tanto acierto, que lo dejó yerto cadáver. Aquel atrevido atentado cogió tan de improviso á los soldados, que los tuvo suspensos y aturdidos por algunos segundos, de modo que el asesino Serra tuvo tiempo suficiente para escaparse con el mismo fusil y ocultarse por entre aquellos bosques. Hé ahí como inició su carrera este bandido, terror más tarde de toda la gente de bien por su audacia y refinada pasión al asesinato. Serra no robaba, no era pues bandido para robar, pero asesinaba, dejando sus víctimas intactas, es decir, sin robarles un maravedí. ¿Por qué, pues, asesinaba? Más tarde, puesto ya en capilla, él mismo nos lo dirá. Por esto hemos dicho que este bandido pertenece á una clase nueva que podremos nombrar de los *sanguinarios*, puesto que su pasión dominante era derramar sangre y gozar con las últimas palpitaciones de sus víctimas. Después del infame asesinato del sargento, Serra se juntó con una partida de las llamadas *afrancesadas* (*cara jirats*, según el idioma del país), gente vil y socia, traidora á su patria, espía de sus propios hermanos y confidente de los enemigos de España. Serra vivió entre ellos á sus anchuras porque todos los días podía satisfacer su pasión favorita de derramar sangre. En una de sus correrías vino á hospedarse por algunas horas en la casa de campo de Jaime Rodon, conocida con el nombre de *MAS DEN SIMON*. Mandaba una partida de afrancesados de unos diez hombres, todos gente perdida, ladrones de oficio, prófugos del presidio y cárcel públicas, á quienes sin embargo, ¡mengua es el decirlo! los franceses tenían dada carta blanca, como suele decirse, para cometer todo género de fechorías, so pretesto de castigar á los espías y asesinos de los soldados franceses. A la sazon,

Serra y los suyos llevaban presos tres infelices paisanos cogidos por espías. Estos iban tristes y abatidos, pues ya sabían cual era la suerte que les esperaba, habiendo tenido la desgracia de caer en manos del feroz y sanguinario Serra. En la casa había una joven de unos diez y ocho años de edad, hermosa y agraciada, que desde el momento llamó la atención del bandido Serra. Uno de los presos era amigo de la familia Rodon, puesto que vivía no lejos de la casa y solía frequentarla. Aquel desgraciado, que era ya un anciano de cerca sesenta años, pidió con lágrimas en los ojos á sus amigos que se interesasen en su favor y lo librassen de una muerte que consideraba muy cercana. Rodon y su mujer pidieron efectivamente gracia para aquel desventurado; pero Serra, con su corazón de hiena, ni siquiera quiso escucharles. En esto el anciano pide de rodillas á la doncella que interceda por él, creyendo que tal vez sería más afortunada que sus padres. La muchacha accede, y el bandido con asombro de sus compañeros, otorga el perdón y la libertad del viejo. Desde este momento aquella alma sanguinaria sintió una pasión amorosa hacia aquella joven, un amor que hasta entonces había desconocido. Pero lo más raro fué que aquella pasión era correspondida, pues realmente la joven se enamoró del bandido apesar de que sus prendas personales no eran muy agradables, prescindiendo de las morales que eran aborrecibles y detestables. Pero ¿quién ha podido definir hasta ahora en qué consiste la simpatía amorosa? ¿Quién puede decir qué prendas se necesitan para inspirar una pasión á una mujer? ¿Ser hombre de bien? ¿Cómo, pues, muchas veces se enamoran de un malvado? ¿Ser buen mozo y de agraciado rostro? ¿Cómo, María, pues este era el nombre de la joven, se enamoró de Serra, siendo así que era de un color moreno amulatado, de una estatura más bien pequeña que elevada, mirada siniestra y repugnante, nariz achatada y boca bastante grande y de ninguna gracia? En fin, Serra era un hombre feo físicamente mirado, y repugnante y asqueroso considerado por su parte moral. Sin embargo, María, que era hermosa de cuerpo y alma, se enamoró de aquel monstruo de maldad. ¿Cómo explicaremos este fenómeno? ¿Cómo otros muchos por el estilo? ¡La simpatía! Si, ya pero en qué consiste ésta? Hé ahí un secreto en que no hemos podido penetrar. Sabemos muy bien que nuestra alma tiene sus ojos, que miran muchas veces al través de los del cuerpo; así es, que si Serra no hubiese sido tan malvado, diríamos que María habría leído en su alma y penetrado en su corazón, sin detenerse en la fealdad de la corteza representada por su cuerpo feo. Pero el alma y corazón del bandido eran más feos que su cuerpo. ¿De qué se enamoró pues María? No lo sabemos, pero estamos inclinados á creer que los ojos del alma se engañan muchas veces y alucinan como los del cuerpo. Por otra parte el feroz Serra, aquel hombre que desde sus primeros años solo gozaba y sentía al derramar la sangre de sus semejantes, experimenta por primera vez una sensación desconocida, una pasión pura, que llega á dominar la única que hasta entonces había sido la señora y reguladora de sus actos, porque, al fin, Serra perdonó por primera vez y renunció al criminal placer de

derramar sangre. ¿Cómo se explica este cambio? Nos inclinamos á creer que la pasión pura de Serra hacia María, hubiera tal vez podido ser su ángel bueno, si María hubiese sido, como Julia, una joven de instrucción, amante de Serra, no por lo que era, sino por lo que podía llegar a ser, una vez curado de la inieua pasión que le dominaba. Pero desgraciadamente, María no era para Serra, lo que Julia había sido para Claudio. María no era más que una joven criada en el campo, sin ninguna clase de instrucción. Vió á Serra, le amó y se entregó á su pasión amorosa sin cuidarse de las cualidades buenas ó malas de su amante. Más tarde veremos cuan fatal fué esta pasión para ambos amantes. Serra y los suyos partieron luego, llevándose los otros dos presos. Aquellos infelices fueron asesinados dos horas después en lo más desierto de un sendero. De este modo el bandido pudo añadir dos nombres más al considerable catálogo de asesinatos que llevaba consumado desde la muerte del sargento Rosell. Despues continuó su abominable carrera como antes. Traidor á la patria, desertor del ejército, asesino de su jefe, todo su placer consistía en manchar las manos con sangre de nuevas víctimas. Un cambio sin embargo habían notado los suyos desde el dia en que por primera vez habían visitado el *Mas den Simon*, á saber, que apenas se pasaban dos días, sin que Serra los condujese á dicha casa. Muchas veces era preciso para ello hacer contramarchas y rodeos de muchas leguas, pero esto no era obstáculo para el bandido, de modo que, viendo á veces que su gente iba fatigada y murmuraba, los dejaba á seis ó siete horas de distancia de aquella casa, y solo, con gran riesgo de su vida, satisfacía su gozo de ver y hablar con su amada. En esto terminó la guerra, y se disolvieron las guerrillas y somatenes. Las pocas partidas de los afrancesados quedaron sin el apoyo que hasta entonces les habían dispensado los franceses. La venganza de sus paisanos les amenazaba, y como casi todos eran criminales de profesión, organizaron sus cuadrillas de bandidos, aumentando de esta manera el gran número que, como ya hemos dicho, pululaba por todas partes. Pero nuestro célebre bandido no formó parte en ninguna de aquellas cuadrillas. Se separó de sus antiguos camaradas, y solo, completamente solo, comenzó á trabajar por cuenta propia, haciendo sentir bien pronto los espantosos efectos de su infame ocupación. ¿Por qué obró así? Porque Serra era una especialidad en su clase. No se podía juntar con los ladrones, porque no era ladrón; no se podía unir con los asesinos, porque,afortunadamente para la humanidad, si bien todos aquellos malvados muchas veces asesinaban, cuando lo hacían, era ó para robar ó para infundir espanto, pero ninguna de las cuadrillas asesinaba para gozar del bárbaro placer de derramar sangre humana. Así es que Serra, que se conocía á sí propio y conocía á los demás, hubo de convencerse de que era solo y único en su clase, y por consiguiente que no debía juntarse con los otros puesto que eran incapaces de comprenderle y secundarle. Dejemos, pues, por un momento á los demás, dejemos á los mozos volando en su persecución, y sigamos á nuestro bandido. Serra tenía entonces unos 24 años. Natural y vecino de la hermosa villa de Valls, allí tenía sus honrados padres y hermanos, sus parientes, amigos y conocidos. Ya desde sus primeros años había dado pruebas de su carácter vengativo y travieso, y si hemos de juzgar por las

palabras que de voz en grito pronunció más tarde al ser conducido al suplicio, deberíamos decir, que él mismo reconocía que sus padres habían sido demasiado indulgentes con él. Hemos dicho que Serra era vengativo, ahora podemos añadir que lo era en tan alto grado, que á un acto de venganza de los, tal vez nunca vistos, debió el renombre ó apodo de LA PERA, con que generalmente es conocido en todo el principado.

## II.

## POR QUÉ LE LLAMAN LA PERA.

Era una tarde fria del mes de noviembre de 1814. Un hombre de avanzada edad, llamado Rabusté, estaba sentado junto á la puerta de una pequeña casa de campo, de las conocidas en la provincia de Tarragona con el nombre de Masias. Soplaba un viento norte con tal bravura, que muchos labradores habían tenido que abandonar las faenas del campo. Rabusté era uno de estos, y sentado junto á la puerta de su reducida masia, estaba tomando el sol, esperando la hora de regresar á Valls donde tenía su morada. En esto se presenta nuestro bandido, sin llevar ninguna arma ostensible, puesto que había dejado su trabuco escondido á unos pocos pasos de distancia. Saluda cortesmente al anciano, y éste le vuelve su saludo con afabilidad, si bien no sabía quién era la persona que se había presentado.

—No me reconoceis? dijo el bandido.

—No, por cierto.

—Entonces habréis olvidado una historia que pasó algunos años atrás.

—Han pasado tantas cosas de algunos años á esta parte, replicó el anciano, aludiendo á los trastornos de la guerra de la independencia, que es difícil recordarlo todo...

—Pero la escena á que yo me refiero, dijo el bandido con una calma y serenidad asombrosa, atendidas las depravadas intenciones de su corazón, es muy interesante, y así, estraño mucho que la hayais olvidado.

—Recordadme alguna circunstancia, y tal vez de este modo renovareis mi memoria.

—Escuchadme, dijo el bandido clavando por primera vez su mirada sombría y siniestra sobre el anciano. Tengo veinte y cuatro años, y la escena que voy á recordaros pasó cuando yo contaba tan solo diez, cuando era niño.

—Esto quiere decir que han transcurrido catorce años.

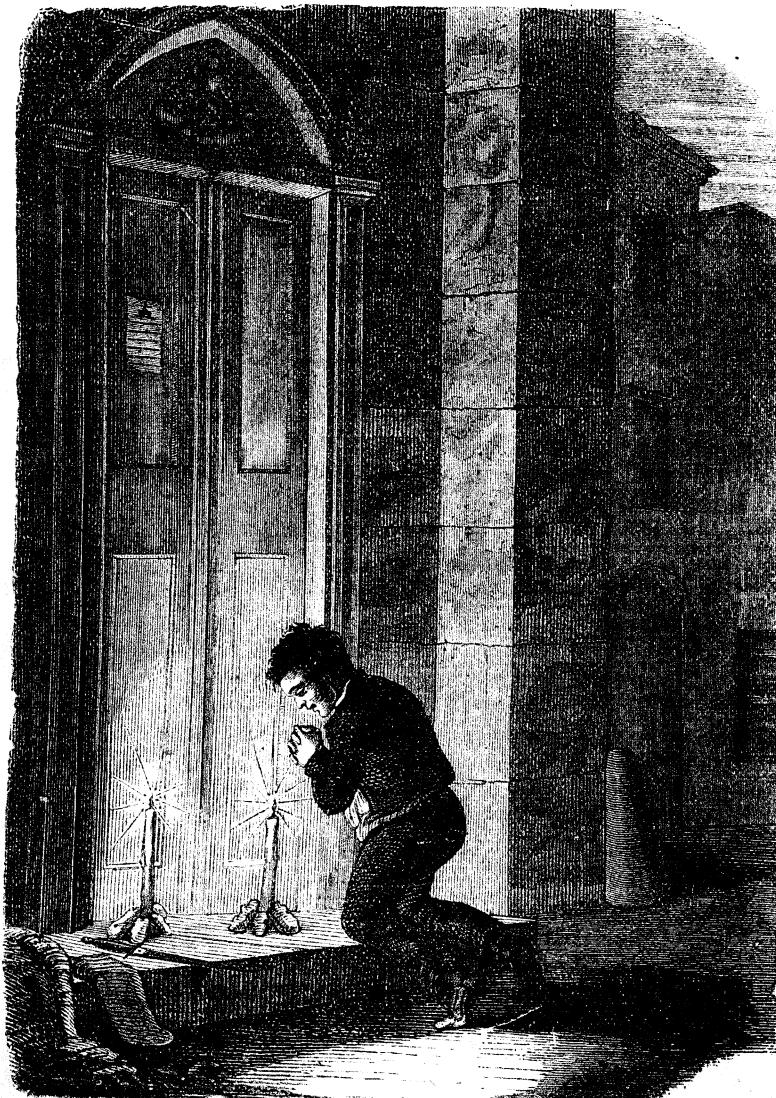
—Cabales, amigo mío. Era una tarde del mes de julio; yo y otros muchachos de mi edad, año más ó menos, habíamos asaltado la cerca de vuestra huerta y nos habíamos encaramado en los perales, que por cierto estaban atestados de peras, y, cosa de muchachos, las cogíamos y nos las comíamos. Repentinamente, y cuando menos lo esperábamos, vos nos sorprendisteis, y con un bastoncillo de olivo que teníais en la mano, comenzasteis á sacudirnos á todos. Pero mis compañeros, más diestros ó más afortunados que yo, lograron escaparse sin casi recibir ningun golpe. Yo tuve la desgracia de resbalar y caerme, vos me cogisteis y teniéndome con la una mano, con la otra me aplicasteis algunos golpes con vuestro delgado palo. Al fin me soltasteis, y cuando yo estuve á una

distanzia regular de vos, gno recordais que me volvi y os dije: *los pequeños se hacen grandes*?

—Realmente, contestó el anciano con la sonrisa en los labios, me ocurre ahora alguna idea confusa de lo que me contais.

—Me alegro: pero ahora viene la parte más interesante. Aquel niño realmente se ha hecho grande. Ya lo veis... ya veis que ya no soy un niño, sino un hombre, que viene á vengar una afrenta que recibió en su niñez.

Y diciendo esto el bandido, sacó su puñal, al mismo tiempo que una mirada siniestra inflamó sus ojos y una sonrisa satánica asomó en los labios de aquel hombre sanguinario. Devoraba con la vista á su desgraciada víctima, las venas de su frente se habían inflamado, todo su semblante revelaba la sensacion de un hombre que va cercano el momento de placer y gozo que debe experimentar con la satisfaccion de una pasion que le domina. La sangre humana tenía para él un olor especial, un embeleso, del cual dis-



El bandido Serra (a. LA PERA, haciendo oracion, despues de sus asesinatos, en las puertas de la iglesia del Cármen de Valls.

frutaba, aun antes de derramarla, siempre que estaba seguro de que lo iba á verificar. El anciano se hallaba en uno de aquellos momentos en que el hombre piensa soñar estando dispierto; se frotaba los ojos, como si quisiese ver mejor lo que tenía delante, y movía su cuerpo como para cerciorarse de que realmente no dormia. El bandido disfrutaba con la confusión y asombro de su victimá y se deleitaba infernalmente en prolongarla.

—Y bien, dijo por fin, ¿qué contestais?

—Creo que todo esto no pasa de una broma.

—¡Una broma!... ¡Vamos, buen hombre, que no sabeis con quien tratais! Rezad un credo, pues vais á morir....

El malvado pronunció estas palabras con un acento tan particular que hizo estremecer al anciano. Un sudor frío comenzó á correr por su frente y un temblor general se apoderó de todo su cuerpo. El bandido revelaba en su semblante el gozo interior de su alma condenada.

—Rezad el credo, de lo contrario, no será culpa mia si moris como un pagano.

—Perdon!... esclamó la infeliz víctima. Ya veis que solo os castigáis para defender mi huerta; ya veis que os pegué con un palo delgado que no podia haceros gran daño. ¿Será posible que me mateis por eso?

—Os mataré ahora mismo; os lo repito, rezad el credo, ó sinó morireis como un perro, y yo quisiera veros morir como un cristiano.

El anciano se arrodilló á los pies de su verdugo, imploró de nuevo su clemencia, pero viendo que todo era en vano, comenzó á rezar el credo. Mas pronto le faltaron las fuerzas para continuar su plegaria. Entonces el bandido, con una serenidad y calma espantosa, comenzó á rezar por él, y despues de concluida la oracion, clavó el puñal en el pecho de su víctima. Observó con placer el derramamiento de la sangre, gozó contemplando los últimos momentos del desgraciado anciano, y en seguida se retiró, despues de haber rezado un padre nuestro en sufragio del alma de su víctima. Pero este no había muerto aun, y tuvo suficiente vida para contar en breves palabras todo lo que dejamos referido, á unos labradores que la Providencia condujo al lugar de la desgracia.

—¡Por un robo de peras! esclamaron todos.

—¡Por una pera, dijo otro, matar á un hombre!

Desde aquel dia Juan Serra, solo fué conocido con el nombre de LA PERA. La noche de aquel mismo dia lo fué de las más oscuras y sombrías. El viento soplabía con la fuerza de un huracan. Densas y opacas nubes cruzaban por el cielo amenazando una recia tempestad, detenida solamente por la violencia del viento. Todo infundía terror y espanto. Ni un solo ser viviente se hubiera atrevido á cruzar los campos en aquella noche tan tremenda, á no ser impelido por una urgente necesidad. Un hombre, sin embargo, atravesaba el sombrío torrente llamado *den Puig*, cuyas aguas lamen las tapias de la villa de Valls. Este hombre que parecía el genio de las tempestades, gozando con el espectáculo provocado por el mismo, tomó un sendero estrecho practicado en medio de dos paredes de una altura regular que sirven de cerca la una para la huerta del convento del Cármen y la otra para la llamada del Pabruté. Este estrecho camino sale á una plaza llamada del Cármen, extra-muros de la villa de Valls, por estar situado allí el convento de Padres Carmelitas. Nuestro misterioso viajero se dirige á la puerta de la iglesia, cerrada en aquella hora como es de suponer. Se arrodilla devotamente, y comienza á orar con fervor. El viento había mitigado su furia; pero la tempestad era aun más imponente. El fulgor del relámpago, seguido de un espantoso estallido, hacia estremecer los edificios, incluso el mismo templo. El desconocido, con todo, continuaba absorto en su oracion. Una densa y espesa lluvia comenzó á inundar el rostro y cuerpo de nuestro devoto, pero ni por eso suspende su plegaria. Por fin, una hora despues, calmada ya la lluvia, aquel hombre enciende dos cirios, que deja delante de la iglesia, hace una genuflexión y se retira por el camino que conduce hacia la carretera de Tarragona. Dos horas despues, á una señal convenida, se abre una puerta escusada del MAS *den Simon*, y nuestro desconocido entra en la casa donde es recibido por una mujer que le dice:

—Muy tarde has venido hoy, mi querido Serra.

—Es que he tenido mucho que hacer, mi idolatría de María.

Ya saben ahora nuestros lectores quien era aquel devoto que con tanto fervor oraba ante la inmaculada

Virgen del Cármen. ¿Cómo explicaremos este segundo fenómeno de tan singular criminal? Si creia en la Madre del Verbo divino ¿cómo se atrevía á hollar tan sacrilegamente las leyes de la naturaleza y los preceptos de aquel mismo Hijo ante la imagen de cuya Madre se arrodillaba y oraba? Tenía escrupulo de que sus victimas muriesen sin rezar el *Credo*, y no lo tenía de asesinarlas bárbaramente. Creemos que la pasion hacía el derramamiento de sangre humana. Llega á tomar el carácter de las demás pasiones, tales como la del incendio, la lascivia y otras, que, si no se reprimen y refrenan á su debido tiempo, llegan á dominar al hombre, convirtiéndole en un estúpido e idiota que confunde todas las nociónes del bien y del mal, de Dios y Satanás, del infierno y el cielo. Y como el hombre en cualquier situación en que se coloque, ó lo arrastren sus pasiones, siente siempre el deseo innato de *creer*, por esto LA PERA, conculcando todas las creencias, sentía la necesidad de creer en la Virgen del Cármen: por esto Puch y los demás foragidos, renegando de Dios y de sus ángeles, creían en los espíritus infernales, en las brujas y hechiceras.

A los pocos días LA PERA, por sendas estraviadas, se dirigía hacia Cubellas. A tres cuartos de hora de distancia, en un punto muy desierto y escusado, nuestro bandido se detuvo, y examinó el terreno con sumo cuidado.

—Esta es su pequeña hacienda, decía entre si, una hora ú otra él vendrá aquí, esperemos con paciencia, porque en este mundo todas las cosas quieren su tiempo.

Diciendo esto se escurrió como una serpiente en lo mas espeso de unos matorrales y malezas, y se escondió allí acurrucado, no habiendo dejado más que dos ó tres agujeros por donde tendía su feroz mirada, atisbando su presa. Era la pantera hambrienta que esperaba al corderillo; el lobo rabioso que espababa su victima para devorarla. Sacó sus provisiones y comió frugalmente. Así se pasaron tres días y tres noches sin que LA PERA dijese otra cosa sino que en este mundo todo necesita su tiempo. ¿En qué pensaba aquel cerebro obtuso y embobado por los errores y absurdas nociónes del bien y el mal que él mismo se había forjado á impulsos de su criminal pasion? Solo podemos decir, que muy amenudo rezaba la Salve encomendándose á la Virgen del Cármen. El puesto que ocupaba era tan desierto y poco frecuentado que, en tres días, no vió transitar más que á dos seres humanos. Pero á la mañana del dia cuarto, LA PERA vió pasar á un hombre de unos cuarenta años, con los instrumentos de labranza. «El es,» dijo el bandido, y en todo su semblante se retrataron los efectos de la sensación de placer que experimentaba en el interior de su depravado corazon. El recien llegado entró en un campo que era de su propiedad, y se puso á trabajar cantando alegramente. El bandido que no le perdía de vista decía: «Canta, canta, porque pronto los curas y frailes cantarán tus responsos.» En seguida salió de su escondrijo con la misma facilidad con que había entrado. Sus miembros se hallaban encogidos, á causa de la posicion que había guardado por el espacio de tantas horas, pero pronto recobraron su elasticidad. Entonces, con paso firme y seguro, se dirigió al punto en que estaba trabajando aquel honrado labrador.

—No me conoces? le dijo con tono de amenaza.

—No por cierto.

—¿Has oido hablar de LA PERA?

El infeliz labrador se puso pálido y desconcertado. Porque efectivamente había llegado hasta sus oídos la espantosa fama del bandido.

—Creo que verdaderamente me han contado algo de un hombre que así se apellida.

—Bien, ya que tienes noticia de LA PERA, tal vez conocerás más particularmente á un amigo suyo que se llama Juan Serra.

—Sí; efectivamente, contestó el labrador temblando, yo conoci á un Juan Serra, y aun tuve el disgusto de reñir con él, por una friolera, cosas de amigos...

—Así me lo ha contado Serra, pero segun me ha dicho, ya te previno entonces, esto es, seis años atrás, que se vengaría algun dia. Este dia ha llegado ya. Yo vengo á cumplir su venganza.

—¡Santo cielo!.. exclamó el infeliz labrador, perdiendo estoy, porque veo que LA PERA es el mismo Serra con quien yo tuve una pequeña pendencia, que ahora quiere vengar de un modo inaudito.

LA PERA sin escucharle le había cogido con sus robustas manos y lo había atado de piés y manos, á pesar de la terrible resistencia que opuso el labrador. Una vez hecho esto, sacó con gran calma su puñal, examinó su punta y en seguida dijo:

—Reza un Credo, porque quiero que mueras como un cristiano.

—Perdóname la vida, decia la desgraciada víctima, ya sabes que nuestra antigua disputa fué insignificante, puesto que despues continuamos siendo amigos, y solo nos han separado las circunstancias... Perdon!.... amigo mio, perdón!

—Reza el Credo, te repito, y no pierdas el tiempo en vano. Si no lo sabes rezar, yo te lo enseñaré, y diciendo esto comenzó á decir: *Credo en Dios...* Vamos, repite lo que digo.

El desgraciado labrador lloraba y se desesperaba. El infernal LA PERA gozaba con su llanto y desesperación, y su gozo interior se veía pintado en todo su semblante. Aquella sonrisa satánica no le abandonaba. Era Lucifer gozando con los tormentos de los infelices condenados. Pero el asesino continuó rezando el Credo como pudiera hacerlo un sacerdote que acompañase un reo al patíbulo, y cuando hubo concluido clavó su puñal en el pecho de la desgraciada víctima. Saboreó su vista mirando con suma atención toda la tortura de un hombre que, á lo mejor de su edad, se veía obligado á dejar la vida de un modo tan trágico y cruel. Aquel hombre tenía mujer e hijos, y pedía que le permitiese despedirse de unos objetos tan queridos, pero el infame bandido era inexorable. Esta vez no abandonó su víctima hasta que realmente se hubo convencido de que verdaderamente no existía. Así es, que en aquella época solo se supo que LA PERA había cometido un nuevo asesinato, pero los pormenores de este crimen los contó el mismo bandido estando ya en capilla. Aquella misma noche, apesar de la distancia que media desde Cubellas á Valls, LA PERA se presentó á las puertas de la iglesia del Carmen, oró y dejó sus cirios, como ya hemos visto que lo había hecho la primera vez. Este crimen, acumulado á los demás tan numerosos que había cometido LA PERA, cuando aun no era conocido por este apodo, comenzó á sembrar el terror y espanto entre todos los habitantes del corregimiento de Tarragona. Por todas partes se hablaba de él, en todas partes se le veía, y todo el mundo temblaba al pronunciar su terrible nombre. En verdad que el

bandido era descarado y atrevido, nunca se separaba de los alrededores de Valls, y muchas veces entraba en la misma población. Como no robaba á nadie, ni aun á los que asesinaba, y tenía tantos parientes y amigos, resultaba que unos por amistad y otros por el miedo que infundía, lo ocultaban en caso de apuro burlando así la vigilancia de los mozos. Por otra parte ya hemos visto que no formaba cuadrilla, sino que obraba con entera independencia, porque á nadie comunicaba sus planes, ni nunca dejaba huella alguna de sus pasos, marchas y continuos rodeos. Jamás dormía ni se cobijaba en ninguna casa, sino que, dotado de una organización y robustez de hierro, permanecía en medio de los cañaverales, muy abundantes en aquel país, ó en lo más espeso de los bosques y desiertos. Solo tenía un flanco por donde se le podía sorprender, y era su pasión por María, la cual le arrastraba hacia el *Mas den Simon* casi todas las noches, pero para esto tenía tomadas sus precauciones, en virtud de las cuales el mismo dueño de la casa, Jaime Rodon y toda su familia y criados ignoraban sus visitas nocturnas, así como tampoco tenían la menor sospecha de los amores de María con el asesino de profesión. María por su parte amaba con tanta vehemencia á LA PERA, y vivía tan rendida y subordinada á su voluntad, que hubiera muerto mil veces antes que descubrir el menor de sus secretos, si es que realmente se los confiaba. Entre tanto, parecía que LA PERA había vengado ya lo que él llamaba sus agravios, y se habían pasado algunos días sin hablarse de él con tanta frecuencia. Repentinamente aparecieron cuatro cirios encendidos en los umbrales de la puerta de la iglesia del Carmen. Todo el mundo preguntaba consternado el nombre de la víctima, cuando al poco tiempo se supo que en el camino de Vallmoll yacían dos honrados paisanos asesinados. Era LA PERA el autor de aquellos nuevos delitos, por esto había duplicado el número de los cirios. Desde aquel dia, el terror y espanto que causaba el solo nombre de LA PERA, no puede expresarse con la pluma. Hombres, mujeres, chicos y grandes, todos temblaban al pronunciar el nombre del temible criminal. Pero la espantosa carrera del bandido tocaba ya á su término; la justicia divina iba á cumplirse, y la vindicta pública debía ser pronto satisfecha. Aquel hombre singular tuvo sin duda el presentimiento de su cercano fin. El dia 21 de abril del año 1813, á la caída de la tarde, estaba escondido en un espeso cañaveral del torrente llamado de la Diega. Su siniestra mirada penetraba al través de las cañas, observando á cuantos pasaban por aquel lugar de bastante tránsito, á la hora en que las gentes retiraban del campo. Evidentemente LA PERA esperaba á alguien, y cualquiera que le hubiese visto, hubiera rezado por el alma de la víctima escogida, atendido los antecedentes y proceder del bandido. En aquel momento acertó á pasar un tal Ramon Ferrer, vecino honrado y bastante acomodado de la villa de Valls. LA PERA abandona su escondrijo y le sale al encuentro. Ferrer tembló y se llenó de espanto al reconocerle. Ya se veía asesinado. El bandido conoció muy bien la penosa impresión que su presencia había infundido en el ánimo del honrado vecino de Valls, y se apresuró á desvanecerla.

—Hace tres dias, le dijo, que á esta misma hora te he estado esperando para pedirte un favor, y hasta hoy no he tenido el gusto de verte. Sabía que solías ir á tu viña, y que de regreso acostumbras á pa-

sar por aquí, así es, que me decia: si no es hoy será mañana, porque al fin le he de ver, aun cuando sea necesario trasladarme á su propia casa.

—Ya sabes, contestó Ferrer, que soy un amigo de tus padres, que te conozco desde niño, y así dime en qué puedo servirte.

—Escucha, Ramon, dijo el bandido con un acento que revelaba la íntima convicción de lo que iba á decir, conozco que mis días se acaban, tengo el pre-sentimiento de que muy pronto me verás colgado de la horca. Como me condenarán por asesino, seré regular que mi cuerpo sea descuartizado, y por consiguiente, que sus miembros queden inse-pultos. Sensible es esto, amigo mío, pero sin embargo, no es lo que más me aflige, no: lo que me causa gran pena y disgusto, es el pensar que tal vez nadie se acordará de mi alma para hacer rezar una misa de difuntos en su sufragio. Por esto he venido á encontrarte á fin de hacerte este encargo.

—Yo lo acepto gustoso, y juro que lo cumpliré, contestó Ferrer sumamente conmovido.

—Así lo creo, sé que eres hombre formal, y por esto te he escogido entre mil otros á quienes podía hacer este encargo, pero que no me inspiraban tan completa confianza respecto á su cumplimiento. Mira, Ramon, no quiero que pagues el gasto, porque esto no es justo; toma, ahí tienes cuatro duros, para que despues de muerto, me hagas celebrar un oficio de difuntos en la iglesia del Carmen.

Ferrer no quería aceptar el dinero, pero fué preciso, porque LA PERA solo hacia el encargo bajo esta espresa condición. Despues alargó la mano al hombre de su confianza, y apretándose afectuosamente se despidió, perdiéndose pronto de vista penetrando con intrepidez por entre aquellos inmensos cañaverales.

En la noche del dia 2 de mayo de aquel mismo año, estando en compañía de su querida María en el mismo *Mas den Simon*, la decía:

—Tengo un sentimiento en tener que decirtelo, pero es preciso, porque ya sabes que nunca te he engañado. Mis días están contados, dentro de muy pocos seré preso y condenado.

—Pero, ¿por qué te ocurren tan tristes pensamientos? decía María bañada en copioso llanto; ¿quién te lo ha dicho?

—Mi corazon me lo dice á cada instante, y éste nunca me ha engañado.

—Entonces huyamos, huyamos lejos de aquí, á un país desconocido e ignorado...

—Para los hombres como yo, sencilla María, no hay países desconocidos. En todas partes llevamos impreso el signo de la proscripción, la sentencia de muerte. Al contrario, en otras tierras, ni siquiera estaría un momento en libertad. ¿Dónde irás que no encuentres *mozos* de la ESCUADRA?

—Entonces no hay remedio para nosotros?

—Tú, vida mia, siempre estás salvada. Tú eres una inocente paloma que no has tenido la menor parte en ninguno de los actos de mi vida. Nadie sabe, ni sabrá jamás, que tú me hayas, no diré amado, pero ni aun conocido. No he tenido nunca cómplices ni confidentes, y nadie te conoce más que por la honrada y sencilla doncella del *Mas den Simon*. Cuando esté preso, júrame que no vendrás á verme; si vinieses, tampoco me verías, porque para mí el mayor de los suplicios sería el que quedases deshonrada. Haz como que nunca me has conocido, á lo menos esteriormente; yo haré otro tanto, pero puedes estar segura de

que, despues de la Virgen del Carmen, tú oesparás todos mis pensamientos, hasta el último momento.

Maria lloraba como una niña. Su cándido corazon media por primera vez la inmensidad del abismo por el cual, en un momento de estravio, se había lanzado. Hasta entonces nunca le había ocurrido la idea de una realidad que veía tan cercana; fué preciso que su mismo amante se la advirtiese y recordase. Pero una vez colocada en tan espantosa posición ¿cuál no había de ser su desesperación y desconsuelo? Ella que creía que la única cualidad que debía adornar á Serra era la del amor hacia su persona: ella que todo lo demás de Serra le era indiferente, ¿cómo no había de temblar y desesperarse al disper-tar de su ensueño, encontrando á su amante rodeado de cadenas y prisiones, cuyo término final era un afrentoso cadalso? ¡Oh cuán caras se pagan á veces las imprudencias en este mundo! ¡Cuántas lágrimas cuesta un momento de obcecación y estravio! Desde aquel dia la existencia de la infeliz María cambió enteramente. Ya no era aquella cándida y confiada amante, feliz en su amor y ciega en la pasión que la devoraba. Todo le causaba miedo y espanto. A cada momento, al menor ruido, creía ver á los *mozos*, que ataban sin piedad á la única persona que tanto amaba. Sus sueños se convirtieron en continuas pesadillas, en las cuales veía á su amante conducido al patíbulo. Veía la horca y el verdugo con su cara torva, despues á su amante pálido y desencajado subir una á una las gradas de la fatal escalera, y desde aquella espantosa cima, crecía que la miraba y dirigía su último adios. Entonces se despertaba, triste, abatida y fatigada. Gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos, y aquella alma pura experimentaba un alivio que le daba fuerzas para aguantar un dia más. Pero realmente LA PERA no se había equivocado en sus presentimientos. El dia de la espión de sus enormes delitos se acercaba á 'pasos agigantados. Los sueños de María iban á convertirse en una triste realidad. El dia 4 de mayo del propio año (1813), LA PERA, como de costumbre, estaba en compañía de María á las altas horas de la noche en el desvan de la casa *Mas den Simon*, donde había un gran pajá. Jaime Rodon, dueño de la misma, que, como ya hemos dicho, ignoraba enteramente las relaciones de María con el bandido, oyó un ligero ruido en el desvan. Se levantó inmediatamente de la cama y se dirigió al pajá con mucho tiento y cuidado. Repentinamente se detiene y escucha. Era la voz de María que abrazada con su amante le decía: «Huyamos... Serra... huyamos, ó sinó me moriré de espanto. Noche y dia estoy viendo á los *mozos*, la horca y el verdugo.... Huyamos... huyamos.» Jaime sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. Tenía en su casa al feroz bandido, cuya cabeza estaba pregonada; al asesino, horror y espanto de la humanidad, cuyos encubridores estaban conminados con pena de la vida. Abandona al momento su casa con la mayor precaución, y se dirige á la carretera de Montblach que está á poca distancia. Allí busca á los *mozos*, á los soldados, á cualquiera que pueda prender al terrible bandido, azote de la gente honrada. Afortunadamente acierta á pasar una partida de infantería. Jaime, se avista con el oficial que la mandaba, y le comunica la noticia. Este, que tenía orden de coger vivo ó muerto á LA PERA, sigue á Jaime, rodea la casa y él mismo penetra con algunos soldados por la puerta abierta por el dueño. Los dos amantes dormían,

pero María se despierta, es la primera en apercibirse del peligro que amenaza á su amante, y sin tener tiempo de despertarle, baja al piso principal para cerciorarse más del peligro, pero allí es detenida por uno de los soldados. LA PERA hubiera sido cogido dormido y se hubieran evitado dos asesinatos más, á no ser por un gallo que, estaba colocado junto al bandido, y lo despertó con su agudo canto. Levántase el intrépido bandolero, toma su terrible trabuco y practica un agujero por entre las tejas, pensando tal vez salvarse saltando por la parte posterior de la casa; pero así que asoma la cabeza, advierte que los soldados la tenían cercada. Se convence entonces de que es una empresa temeraria el intentar escaparse por aquel lado, y determina abrirse paso por en medio de sus numerosos enemigos atacándolos de frente. Pero en el acto de querer bajar la escalera, subían por la misma cuatro soldados con los fusiles preparados. Sin darles tiempo de disparar, tira el gatillo de su terrible trabuco y deja tendidos dos de aquellos infelices. Otros cuatro soldados se disponían para subir; LA PERA había cargado otra vez su trabuco y colocado su puñal en ademan de acometer á sus enemigos después de haber disparado, á fin de abrirse paso y escapar. No sabemos si realmente hubiese conseguido su objeto; muchos de los testigos coetáneos de tan memorable hecho opinan que si; de todos modos, nosotros creemos que, á lo menos se evitó el derramamiento de nueva sangre inocente, por medio de la aparición en aquel mismo lugar de una partida de caballería que, pasando por la carretera, fué atraída por el ruido de los disparos de ambas partes. Desde este momento, LA PERA se convenció que no podía escapar, y que toda resistencia era inútil, puesto que los soldados asaltaron la casa por distintos puntos y entre ellos por el mismo agujero que aquel había practicado en el tejado. Así fué cogido el terrible bandido que tanto terror había causado en todo el corregimiento de Tarragona.

## III.

## SUPLICIO DE LA PERA.

A las tres de la tarde de aquel mismo día, LA PERA, atado de pies y manos y conducido en un carro, entraña en la villa de Valls. Un gentío immense, compuesto de habitantes de Valls y las cercanías había acudido para ver y contemplar aquel tristemente célebre bandido, terror de toda aquella comarca. El semblante del reo expresaba aquella tranquilidad y calma, propias de un hombre que temía ya previsto todo lo que le iba á suceder, incluso el recibimiento que se le hacía. Saludaba con asabilidad á los numerosos conocidos que veía en todas partes, sin mostrar embarazo ni desearo, de modo, que muchos de los curiosos, que no le conocían y esperaban ver una fiera ó furia infernal, se quedaron admirados al ver la calma, serenidad y resignación del criminal que tanto miedo les había infundido. Encerrado en uno de los lúgubres y oscuros calabozos, llamados cárceles de la villa, observó siempre la misma conducta. Y lo mismo sucedió cuando se le permitió tener comunicación con los del pueblo. Amable con todos, contestaba con sencillez á las preguntas que se le hacían, sin hacer alarde de su valor, sin pretender disimular la enormidad de sus maldades, ni mucho menos jactar-

se de incrédulo é impío. Al oírle, cualquiera hubiera creído escuchar á un viajero que contaba las variadas aventuras y anécdotas que le habían sucedido en sus viajes. Preguntándole un dia en qué consistía que nunca hubiese robado á nadie ni aun á los mismos que había asesinado, respondió:

—Siempre he aborrecido el robo, pues lo considero como uno de los vicios más feos y abominables.

—Entonces, se le replicó, ¿por qué asesinabas?

—Voy á deciros con franqueza, contestó el preso, lo que pasaba entonces en mi alma. Despues de mis tres primeros asesinatos comencé á experimentar un placer singular e inexplicable á la presencia de los últimos momentos y convulsiones de mis víctimas. La sangre que salía á raudales de sus heridas tenía para mí un olor especial que me embriagaba. En aquellos momentos, creo que hubiera derramado la sangre de todos mis semejantes. Despues, cuando se pasaban algunos días sin gozar de aquella emocion, sentía un malestar interior, un frenesi, un deseo que me ponía de mal humor, de modo que hasta llegaba á temer por mi salud si no procuraba poner término á tan penoso estado satisfaciendo aquella necesidad. Una vez satisfecha, me parecía que respiraba con más facilidad, y experimentaba un goce interior, que tam poco os podré explicar, pues no se parece en nada á los que experimentamos al saciar las demás pasiones humanas.

—¿Pero cómo te atrevías, se le dijo, á presentarte ante la purísima Virgen del Carmelo, teniendo todavía las manos manchadas con la sangre de los asesinados?

—Una de las circunstancias, replicó el reo, que acompañaban al placer de que os acabo de hablar, era una especie de terror, un miedo cervical, que me hacia ver duendes y fantasmas; entonces me acordaba de Dios y de su santa Madre, y como, desde niño, mi madre me había hecho profesar una devoción particular hacia la Virgen del Cármen, por esto me dirigía á su templo, le confesaba mi culpa, rezaba muchas Salves y otras oraciones, le ofrecía dos ejrios, y luego me retiraba contento y satisfecho de mí mismo.

—Y no sentías después el peso de los remordimientos?

—Nó, al contrario, pues sentía otra vez la necesidad de satisfacer mi pasión dominante de derramar sangre humana.

—Si te hubieses escapado el dia en que te prendieron ¿qué hubieras hecho?

—Creo, contestó, que hubiera seguido como ántes, pues dudo mucho que hubiese sabido vencer una pasión que tanto me dominaba.

—¿Y ahora, se le preguntó, tienes remordimientos?

—Conozco, contestó, toda la enormidad de mis pecados, pero al mismo tiempo confío en Dios y en su infinita misericordia, y estoy en la íntima convicción de que me perdonará por la intercesión de su santísima Madre la Virgen del Cármen. Si no fuese así, confieso que me desesperaría al ver que he de morir tan jóven, robusto y lleno de vida; pero ahora al contrario, espero la muerte con la calma y serenidad del viajero que está cerca del puerto, donde se verá libre de las borrascas que tanto le han agitado y conmovido.

Los últimos momentos de LA PERA son una prueba de que, al espresarse así, decía lo que sentía en el interior de su alma. Pronto le veremos subir las gra-

das del cadalso, con la misma calma y serenidad, con que contaba todo lo que dejamos referido. Los sacerdotes que le asistieron y acompañaron hasta dejarlo en manos del verdugo, no dudaron de que realmente LA PERA murió confiando en la misericordia divina. ¡Cuánto pueden y valen las primeras semillas de nuestra santa religión! El reo nos lo ha dicho, y nos ha dicho una gran verdad: «me desesperaría, dijo, si no tuviese fe en Dios y en su Madre, al considerar que voy á morir tan joven, robusto y lleno de vida.» La comparación que nos hace del piloto ó viajero es exacta. El que no tiene creencias, muere desesperado aun en medio de los cuidados del médico, del cariño de su esposa y de los besos y bendiciones de sus hijos. LA PERA muere resignado en manos del verdugo y sabiendo que su cuerpo ha de ser desecuartizado, su memoria infamada y su nombre execrado. Los que creen que porque se dejan dominar de alguna pasión culpable, deben hacer alarde de incrédulos, ú olvidar todos los deberes cristianos, pueden reconocer su error, por lo que acabamos de contarles en esta historia. Por lo demás, los trámites del proceso de LA PERA fueron breves y pronto concluidos. El reo estuvo confeso desde el primer día, no solo respecto á los delitos que se sabían y sobre los cuales se le preguntaba, sino sobre otros muchos que solo él y Dios podían certificar. El día en que se le leyó la fatal sentencia, la escuchó con la misma serenidad y calma que nunca le desamparaba. Cuando se le leyó el párrafo en que se decía que su cuerpo debía ser desecuartizado, dijo: «*esto ya lo preví yo, porque era cosa regular y de justicia.*» Pero en estas palabras ni en otras muchas que pronunció puesto ya en capilla, no había ni sarcasmo ni fanfarronada. El día 16 de diciembre del año 1815, LA PERA fué puesto en capilla para ser ahoreado el día 19 del propio mes. Durante aquellos tres días, no se desmintió de cuanto había dicho. Pasaba casi todas las horas confesándose y conversando con los sacerdotes. No pidió ver á ninguno de los suyos, por no causarles más sentimiento. *Bastantes disgustos*, decía él, *he causado á mi familia.* A tenor de la sentencia, debía ser conducido desde la cárcel al suplicio, colocado dentro de un cesto arrastrado por un borrico. Así se hizo. Un gentío immense de muchas leguas alrededor, había acudido para presenciar aquel acto imponente de la justicia de los hombres. A la hora designada, el reo salió de la cárcel con todo el fúnebre y triste acompañamiento que presumirán nuestros lectores. Dos padres capuchinos iban al lado del sentenciado el cual se dirigía hacia el cadalso con la mayor calma y serenidad.

—Padres y madres, decía con una voz sonora y penetrante, tomad ejemplo de mí.... Padres y madres... ya veis en qué viene á parar el hombre malvado... Padres y madres... corregid y castigad á vuestros hijos desde sus primeros años.

Diciendo esto casi sin cesar un momento, llegó al lugar del suplicio. Allí se concilió de nuevo con Dios por medio de los sacerdotes que le acompañaban. En seguida subió con paso firme y seguro las gradas fatales de la horca. Una vez colocado en lo mas alto, dirigió su penetrante mirada á aquella inmensa multitud que, consternada y compungida, asistía á tan terrible espectáculo. Era evidente que el reo buscaba con sus miradas una persona en medio de tantos miles de cabezas que tenían fija en él su atención.

Dos miradas se encontraron y se dieron el último adios. La una partió del cadalso, la otra de un rincón en donde estaba la triste y desconsolada María. En seguida el reo exhortó de nuevo á los padres de familia á que corrigiesen á sus hijos, y habiendo rezado la *última oración*, y pedido perdón por tres veces, voló por el aire abrazado con el verdugo. Un momento después, todo había concluido. Juan Serra (a) LA PERA, ya no existía, y los miembros de su desecuartizado cuerpo eran conducidos para ser colocados del modo siguiente: la cabeza en la plaza del cuartel de Valls, su brazo y mano derecha en el pueblo del Plà, por haber asesinado allí á su sargento D. Francisco Rosell; la otra mano y brazo en el pueblo de Picamuxons, por haber asesinado en aquel lugar á Francisco Bertran (a) Barraea; otra parte del cuerpo fué colocada en Cubellas, en donde también había cometido otro asesinato, y el resto en el *Mas den Simon*, donde le prendieron después de matar dos soldados. La desgraciada María no había visto nada respecto á la última parte de esta terrible escena, porque, desde el momento que su amante espiró, se apoderó de ella un vértigo, un delinqüo extraño que sentía sin que se apreciase de ello las personas que tenía más cercanas. ¡Pobre María! Su pena era de las más espantosas; era de aquellas que deben consumirse en el interior del que las sufre, quemando y destruyendo sus entrañas. Compadeced siempre al que sufre, pero llorad sobre el que sufriendo no puede revelar las causas de su pena. María fué una de las mil víctimas de esta clase de pesares para los cuales están cerradas todas las puertas del consuelo humano. María amaba, idolatraba á LA PERA, él lo era todo para ella, fuera de él, no quería nada; y sin embargo le veía perecer en un suplicio sin poder decir: ¡deteneos! dejad que le dé mi último adios, y lo que es más, sin poder decir á nadie, *ese hombre es mi amante.* Pero si miramos de cerca á la infeliz amante del ajusticiado, apenas la reconoceremos. En pocos meses que han transcurrido, ha perdido toda su juventud y lozania. Sus negros cabellos se han encanecido, su rostro se ha marchitado y todo su cuerpo ha enflaquecido. ¡Infeliz! Nadie podía aliviar su dolor, porque, ¿cómo podía decir que amaba á un hombre tan aborrecido y criminal? Las almas verdaderamente corrompidas y entregadas al vicio, tienen la triste ventaja de desahogarse con los demás, contándoles sus propias debilidades por repugnantes que sean. Perdido el pudor y la vergüenza, no sólo cuentan lo que hacen, sino que hasta lo exageran. Pero las almas puras callan y sufren en su interior, y una de sus penas consiste en el temor que tienen de que los otros penetren la causa de sus sufrimientos. Todo el delito de María consistía en haberse entregado á una pasión amorosa, sin haber examinado antes las cualidades y circunstancias particulares de su amante. Tenía, pues, sus razones de disculpa ante sus conocidos y amigos, y podía esperar la compasión y consuelos de sus semejantes. Pero ella creyó que había cometido una gran debilidad, una falta de aquellas, cuyas consecuencias debió sufrirse resignadamente sin comunicarlas con nadie. Así lo hizo, á despecho de su propia salud y vida, puesto que muy pronto murió, víctima de su desconsoladora melancolía. Tal fué el fin trágico de LA PERA, tal el de su desgraciada amante.